

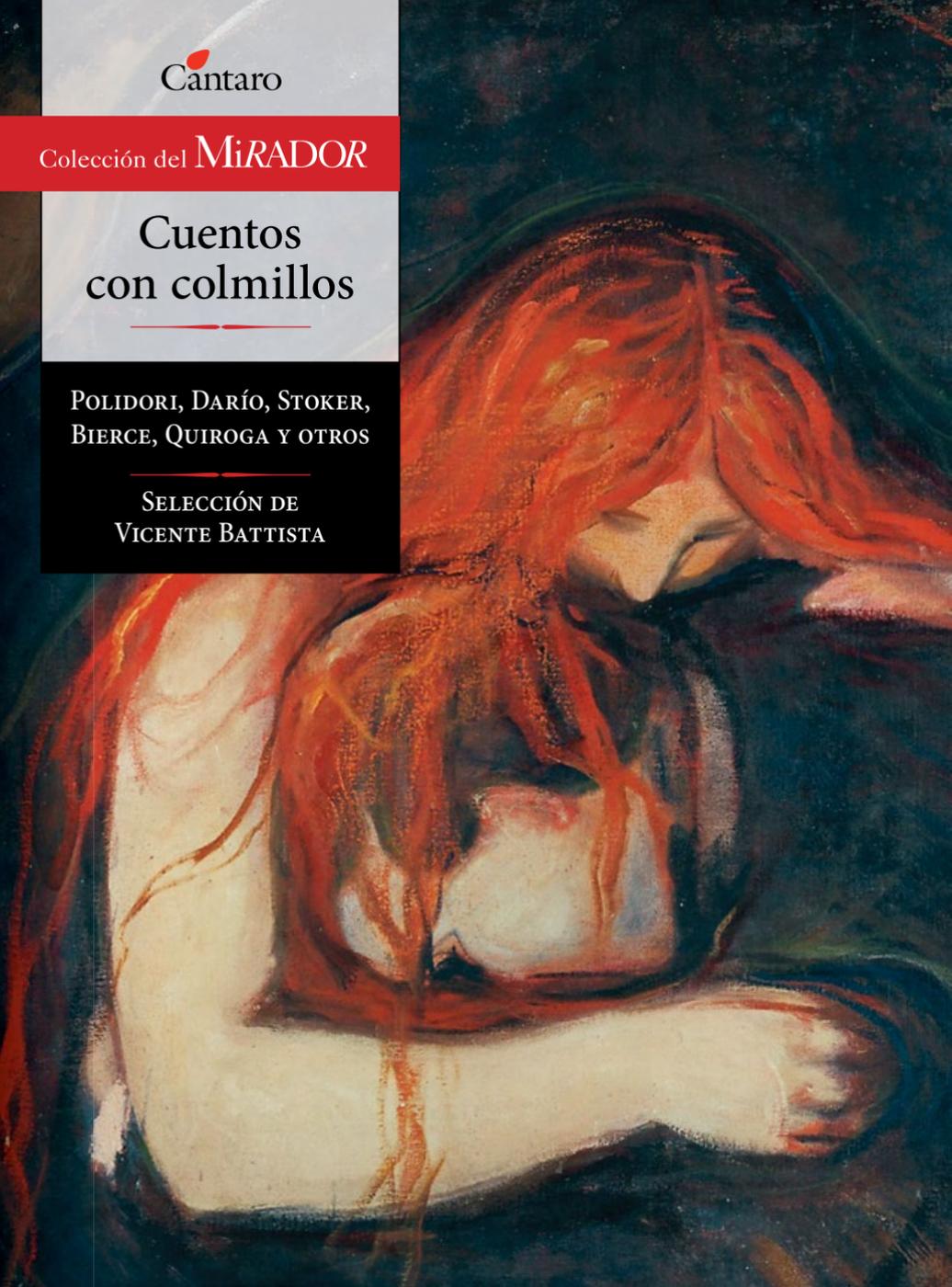
 Cantaró

Colección del **MIRADOR**

Cuentos con colmillos

POLIDORI, DARÍO, STOKER,
BIERCE, QUIROGA Y OTROS

SELECCIÓN DE
VICENTE BATTISTA



Colección del *MIRADOR*

Cuentos con colmillos

JOHN POLIDORI
RUBÉN DARÍO
AUGUSTUS HARE
BRAM STOKER
EMILIA PARDO BAZÁN
M. R. JAMES
AMBROSE BIERCE
E. F. BENSON
HORACIO QUIROGA

 Cantaro

Colección del
MIRADOR

Gerente de Ediciones: Daniel Arroyo

Edición y traducción: Ana Lucía Salgado

Antología: Vicente Battista

Secciones especiales: Vicente Battista y Soledad Silvestre

Corrección: Amelia Rossi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Ana G. Sánchez

Coordinación de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso

Tratamiento de imágenes: Pamela Donnadio, Máximo Giménez y Tania Meyer

Imagen de tapa: fragmento de *Mujer vampiro* (1893), de Edvard Munch,
© The Munch Museum / The Munch-Ellingsen Group / SAVA, Buenos Aires 2011

Imágenes: Latinstock, Alejandro Palacios, Wikimedia Commons

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Cuentos con colmillos / Bram Stoker ... [et.al.]; seleccionado por Vicente Battista. -
1ª ed. 1ª reimp.- Boulogne: Cántaro, 2014.
176 p.; 19 x 14 cm. - (Del Mirador)

ISBN 978-950-753-282-5

I. Antología Literaria. I. Stoker, Bram. II. Battista, Vicente, selec.
CDD 860

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2011

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-282-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

VICENTE BATTISTA

El monstruo universal

Hay una criatura infernal, monstruosa, que se alimenta con la sangre de los seres vivos. Está presente en casi todas las culturas del mundo, es un elemento esencial del folklore y de los mitos en la mayoría de las civilizaciones, desde la remota Sumeria hasta los múltiples pueblos indoamericanos. La encontramos en el Antiguo Egipto: Sejmet se llamaba una diosa de la guerra, hija de Ra, que solo calmaba su cólera cuando la emborrachaban con un brebaje de color rojo semejante a la sangre. Pihuychen llamaban los mapuches a una criatura vampírica que atacaba por igual a animales y a humanos. El *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas, menciona a Camazotz, un dios con cabeza de murciélago y alas extendidas que decapitaba a los extraños. Se han encontrado representaciones de ese dios en columnas de piedra y recipientes de barro de unos 2.000 años de antigüedad.

La tradición judía cuenta con un monstruo equivalente. Se trata de Lilith, la primera mujer de Adán, que por desobedecer a Jehová descendió a los infiernos y, a partir de entonces, se alimentó con la sangre de los niños no circuncidados. Esta costumbre se encuentra severamente penada en las primeras páginas del Antiguo Testamento: “Porque la vida de toda carne es su sangre. Por eso mando a los israelitas: no comeréis sangre de ninguna carne,

pues la vida de toda carne es su sangre. Quien la coma será exterminado” (Levítico, 17:14).

En forma de Guls aparece en la nonocuadragésima noche de *Las mil y una noches*, en el relato que precisamente se llama “Honor de un vampiro”. En la India nos toparemos con los Vetala, espíritus con mucho de vampiro que invariablemente deambulan por los lugares de cremación. Por su parte, las mitologías budista, hinduista y jainista le dan el nombre de Preta al alma de los difuntos condenados a sufrir avidez de sangre por toda la eternidad.

Los antiguos griegos tenían a más de un vampiro entre sus mitos. Ahí estaba Lamia, hija de Belo, rey de Libia, quien por haber tenido la mala idea de sostener un romance con Zeus, sufrió la ira de Hera. La colérica diosa asesinó a los hijos de Lamia y a ella la convirtió en un monstruo que persigue niños, los mata y se alimenta con su sangre. Los griegos también contaban con la Empusa, atroz criatura con pies de bronce que podía metamorfosearse en una mujer hermosa capaz de seducir, desangrar y devorar a cuanto hombre se cruzara en su camino. Por último, estaban los Vrykolakas, criaturas que se alimentaban con sangre y carne de los insepultos. Estos engendros atravesaban los poblados golpeando las puertas y llamando a los residentes por su nombre; el infeliz que contestaba podía darse por muerto.

En las leyendas rumanas se habla de las Strigoi Vii, brujas vampiras con rostro de mujer y cuerpo de pájaro, que desangraban a los hombres mientras estos dormían. Los romanos tenían a los Larvae, fantasmas sedientos de venganza que vaciaban las venas de los seres vivos.

En el siglo V los francos, una confederación de pueblos procedentes de Baja Renania, aceptaban el vampirismo como algo natural, incluso habían promulgado una ley que preveía multas para quienes lo practicasen: “La mujer vampiro que devore a un

hombre, comprobándose su culpabilidad, deberá pagar una multa de 8.000 deniers, o sea 200 sous”.

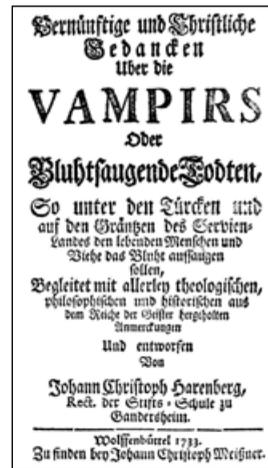
La España de charanga y pandereta también acumula monstruos: las Guaxas, en Asturias; las Guajonas, en Cantabria; y las Meigas Chuchonas, en Galicia. Se trata de brujas con un solo colmillo, dispuestas a succionar a sus víctimas hasta dejarlas sin una gota de sangre; las tres tienen especial predilección por los niños. En Gerona persiste una leyenda del siglo XII que habla del conde Estruch, un noble catalán asesinado en 1173, que en su nueva condición de vampiro seducía y embarazaba a mujeres jóvenes, madres de futuros monstruos que, felizmente, morían al nacer. Muy cerca de allí, en Tarragona, se encuentra Prasdip, un poblado cuyo nombre en catalán significa ‘Prado del vampiro’. Por ese prado deambulaban los Dips, una suerte de perros vampiros que se alimentaban con sangre de animales y de seres humanos. En el retablo de Santa Marina de Prasdip, que data del 1600, se ven imágenes de esos perros-vampiros.

En Inglaterra, el historiador medieval Walter Map en su obra *De Nugis Curialium* (Asuntos de los cortesanos, 1190) hace referencia a ciertos hechos vampíricos y, por la misma época, el monje anglicano William de Newburgh, en el libro 5 de su *Historia Rerum Anglicarum* (Historia de Inglaterra, 1196), incluye cinco relatos con bebedores de sangre. En Escocia, una leyenda que se remonta al siglo XVI, durante el reinado de Jacobo VI, habla de Sawney Beane, de su mujer y de sus numerosos hijos. El clan Beane estaba formado por 48 miembros que habitaban una cueva en la costa del condado de Galloway. A lo largo de veinticinco años, los Beane mataron a más de mil vecinos de East Lothian con el único fin de beberles su sangre y comer su carne.

A comienzos del siglo XVIII, un soldado serbio de nombre Arnold Paole contó de qué modo se había curado del ataque

de un vampiro. Dijo que había localizado su tumba, lo había desenterrado, le había cortado la cabeza y había comido tierra de la tumba, mezclada con la sangre del cadáver. No obstante, el remedio no fue muy efectivo: Paole murió poco tiempo después. Le dieron sepultura y, con el fin de disipar ciertas sospechas, un mes más tarde abrieron el féretro; descubrieron, entonces, que su cuerpo no mostraba señales de descomposición y que la “sangre fresca fluía desde sus ojos, nariz, boca y orejas; que su camisa, sudario y ataúd estaban ensangrentados; que sus uñas de pies y manos habían caído y habían sido reemplazadas por nuevas”. Convencidos de que Paole era en efecto un vampiro, le clavaron una estaca en el corazón y luego quemaron el cuerpo. El médico Johannes Flückinger dio testimonio de esa exhumación en *Visum et Repertum* (Visto y comprobado), un libro publicado en 1732 en el que, por primera vez, se utilizó “científicamente” el vocablo latino *vampirus*.

Pocos años después, en 1746, el monje benedictino Antoine Calmet publicó *Disertaciones sobre las apariciones de ángeles, de demonios y de espíritus y sobre los muertos vivos y los vampiros de Hungría, Bohemia, Moravia y Silesia*, obra que planteaba una meticulosa monografía de las figuras del más allá. En 1749, Próspero Lambertini, que llegaría al papado con el nombre de Benedicto XIV, publicó *Los vampiros a la luz*



Portada del libro Conceptos racionales y cristianos sobre vampiros o chupasangres, de 1733, uno de los primeros tratados europeos sobre el tema, escrito por el filósofo, teólogo e historiador alemán Johann Christoph Harenberg.

de la medicina; en 1755 Gerard van Swieten, médico y archidiacono de María Teresa de Austria, presentó *Informe médico sobre los vampiros* y, en 1774, Giuseppe Davanzati, arzobispo de Florencia, dio a conocer *Disertación sobre los vampiros*. Los cuatro religiosos se proponían desacreditar, con argumentos científicos y cristianos, el mito de los vampiros; sin embargo, solo consiguieron incrementar aún más la creencia.

El murciélago culpable

A partir del año 1749 y hasta el año 1788, el naturalista, botánico, matemático y biólogo francés Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, editó los 36 volúmenes de su *Historia natural, general y particular*, una obra que influiría notablemente sobre las nuevas generaciones de naturalistas —Charles Darwin entre otros— y en la que por primera vez se le daba el nombre de *vampiro* al murciélago hematófago (*Desmodus rotundus*, en su denominación científica), una especie que únicamente se alimenta con sangre, es decir, necesita ingerir sangre para sobrevivir.

El murciélago hematófago es natural de América del Sur, habita de forma exclusiva en los países situados al este de los Andes, desde la Argentina, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Brasil, hasta México.

La pregunta que surge de inmediato es de qué modo Georges Louis Leclerc logró la información acerca de este murciélago, desconocido en Europa y en el resto del mundo, a quien sin dudar lo denominó *vampiro*. Es posible que tuviera noticias de



Portada de la edición en alemán de Calmet.

Gabriel Soares de Sousa, un explorador y naturalista portugués, que vivió dieciocho años en Brasil, y que en 1587 publicó el *Tra-tado descriptivo del Brasil*, un libro en el que mencionaba a cierto murciélago que se alimentaba de sangre.

La respuesta definitiva, sin embargo, la podremos hallar en Félix de Azara, un militar, antropólogo, cartógrafo y naturalista español, que en 1781 fue enviado por la corona española para solucionar un conflicto de límites en el Río de la Plata. Muy pronto resolvió el problema, pero, fascinado por estas tierras, permaneció en la región durante veinte años. Conocía a fondo la obra de Leclerc, y su experiencia *in situ* le sirvió para refutar algunas teorías del naturalista francés.

Hasta ese momento, a los murciélagos se los clasificaba entre las aves. Azara, en cambio, sostuvo: “He aquí un Animal que a los Ojos de todos es feysimo, extravagante, y que solo tiene de Ave el saber volar, y el pecho ancho y carnoso. La Caveza, Ho-zico, Dientes, Lengua, Orejas, Pies, Cola, Pelo, el Parir y dar de mamar es todo de Cuadrúpedo... En vista de lo dicho los Morcielagos deben contarse mas bien entre los Quadrúpedos que entre las Aves”. Se refirió específicamente al vampiro, al que llamó *murciélago mordedor*, y describió su modo de alimentarse: “A veces muerden la cresta y barbas de las gallinas dormidas, chupán-doles la sangre, de cuyas resultas mueren, principalmente si se agusanan, como sucede casi siempre. También muerden a los caballos, asnos, mulas y ganado vacuno, por lo común en las ancas, espaldas o cuello, porque allí tienen la facilidad de agarrarse a la crin o cola. Lo mismo hacen con el hombre, de que puedo dar fe por haberme mordido quatro veces en las yemas de los dedos del pie durmiendo a cielo descubierto, o en las casas campestres. Las heridas que me hicieron sin que yo las sintiese, eran circulares o elípticas de una línea de diámetro; pero tan poco profundas, que no penetraban enteramente el pellejo (...). Aunque mis llagas do-

lieron algunos días muy poco, fueron de tan corta entidad que no las apliqué remedio ni dexé de caminar. Por eso, por su ningún riesgo, y porque solo las hacen en las noches excasas de otro alimento, aquí nadie teme ni hace caso de este animal: de quien cuentan que para no dar sentimiento al paciente, halaga y refresca batiendo con sus alas la parte que va a morder y chupar”.

Así, Félix de Azara, que incluso había sido mordido por un vampiro, ofreció la primera descripción real, casi bondadosa, de esta criatura considerada un monstruo mitológico.



El vampiro común o Vampiro de Azara (Desmodus rotundus).

Los científicos comenzaron a estudiar al murciélago hematófago y, en homenaje a su descubridor, lo llamaron *Vampiro de Azara*. Muy pronto se supo que solo caza de noche; que posee un sensor de calor infrarrojo, situado en su nariz, que le permite ubicar con precisión el sitio de la mordedura; que para ello cuenta con agudos y afilados incisivos superiores, con los que practica un corte de 5 mm de diámetro y 5 mm de profundidad sin dañar venas o arterias. Cada vampiro necesita alrededor de dos cucharadas de sangre por día. Esto le basta para alimentarse, pero, si pasan dos días seguidos sin comida, invariablemente muere. Las crías reciben

leche materna durante los primeros nueve meses de vida; a partir de ese momento, la sangre será su único alimento.

Los murciélagos habitan en el mundo entero, con excepción del continente antártico. Se dividen en más de mil especies, pero solo tres de ellas —el vampiro común (*Desmodus rotundus*), el vampiro de patas peludas (*Diphylla ecaudata*) y el vampiro de alas blancas (*Diaemus youngi*)— se alimentan con sangre. Las tres especies se desarrollan exclusivamente en la zona de América del Sur antes descrita.

Conocerlos más de cerca de manera científica no bastó para quitarles la entidad de monstruos que se habían labrado a lo largo de siglos. Lo que para los europeos había sido hasta entonces una fantasía, comenzaba a ser una verdad categórica: los vampiros bebedores de sangre existían. Y, para colmo, lejos estaban de ser bellos. Su aspecto sombrío y la costumbre de envolverse con las membranas de sus manos al dormir, como si fueran una capa, seguramente sirvieron para relacionarlos con lo diabólico.

Los otros vampiros

La palabra *vampiro* pasó a ser un vocablo natural en la Europa del siglo XVIII. El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española la incluyó en su novena edición de 1843. Allí se da información acerca del origen del término *vampire*, que ya era usado en inglés y en francés, y que provenía de la voz *vampir* en lenguas eslavas, y derivaba del polaco *wampir* y este, a su vez, del eslavo arcaico *oper*, con raíces indoeuropeas paralelas en el turco y en el persa. Además de hacer referencia a cierto tipo de murciélagos hematófagos, significa también: ‘ser volador’, ‘beber’ o ‘chupar’ y ‘lobo’.

A esos vampiros es fácil identificarlos: tienen pelaje denso color café grisáceo, cara aplanada, orejas pequeñas y puntiagudas,

hocico corto y labios con forma de ventosa. Miden algo menos de 10 centímetros de longitud y 30 de envergadura, y no llegan a pesar 50 gramos.

¿Pero de qué modo distinguir a los otros vampiros, a los humanos? Algunos patrones que persisten de cultura en cultura determinan que su figura no se refleja en los espejos, que los espanta el olor a ajo, que no resisten la luz del sol y que retroceden aterrados cada vez que se les muestra un crucifijo.

¿Cómo ubicar las tumbas donde se refugian y que abandonan de noche a noche en busca de sangre? En el año 1750, el dominico Calmet puso en práctica un método que parecía eficaz. Era preciso contar con un muchacho virgen que montara un caballo también virgen. Preferentemente, el caballo debía ser negro, aunque en Albania exigían que fuese blanco. Jinete y caballo debían cruzar el cementerio que, según se sospechaba, daba cobijo a un vampiro. Si de pronto el caballo se detenía sobre una tumba y se negaba a avanzar, con certeza esa tumba contenía al monstruo. El paso posterior consistía en desenterrar el cadáver y aniquilarlo como habitualmente se aniquilaba a los vampiros: con una estaca clavada en su corazón, cortándole la cabeza o simplemente quemándolo.

Se sabía de qué manera identificarlos y cuáles eran los métodos para destruirlos, pero no había certezas en cuanto a su origen. En Rumania, aseguraban que podía transmutarse en vampiro el séptimo o el duodécimo hijo, siempre y cuando sus hermanos mayores fuesen del mismo sexo. En diversos países de Europa central, sostenían que podrían transformarse en vampiro aquellos



El Vampiro, litografía de R. de Moraine, del libro *Los tribunales secretos* (1864).

que hubieran nacido “encapuchados”, es decir, con la cabeza envuelta en parte de la membrana placentaria, o aquellos que en el momento del parto presentaran alguna anomalía, por ejemplo, el hueso sacro pronunciado. Para los eslavos, esa temible metamorfosis la sufrían quienes hubieran tenido la poca fortuna de haber nacido en Sábado Santo. En la antigua Grecia y en Bulgaria, así como en Indonesia y en algunas culturas africanas, podían convertirse en vampiros aquellos que hubieran muerto en circunstancias anormales, desde un suicidio hasta una lucha violenta. En la Europa cristiana, aquellos que no eran sepultados en tierra consagrada —un castigo que sufrían los que no habían recibido la extremaunción, los suicidas y los excomulgados— corrían serio peligro de regresar en forma de vampiros.



Grabado tomado del libro *Historia de los vampiros y los espectros malhechores*, de 1820, publicado anónimamente por el editor Chez Masson de París. El texto propone una versión racionalista del tema y se lo atribuye al oculista Collin de Plancy.

En todos los casos, se trataba de cadáveres malditos que sobrevivían bebiendo la sangre de seres vivos a los que, invariablemente, al matarlos convertían en vampiros obligados a buscar nuevas víctimas; una diabólica multiplicación que podía tener un saldo aterrador. En 1954, el estadounidense Richard Matheson publicó una escalofriante novela, *Soy leyenda*, en donde da cuenta de ello.

Los casos reales

La sangre es el elemento esencial, pero uno no se convierte en vampiro por el solo hecho de beber sangre o de practicar ciertos ritos con ella. Dos buenos ejemplos pueden ser Gilles de Rais y Elizabeth Báthory.

Colección del **MIRADOR**

Cuentos con colmillos

JOHN POLIDORI
RUBÉN DARÍO
AUGUSTUS HARE
BRAM STOKER
EMILIA PARDO BAZÁN
M. R. JAMES
AMBROSE BIERCE
E. F. BENSON
HORACIO QUIROGA

El vampiro

JOHN POLIDORI

Sucedió en medio de las disipaciones de un duro invierno en Londres. Apareció en diversas fiestas de los personajes más importantes de la vida nocturna y diurna de la capital inglesa. Lord Ruthven era un noble que se hacía notar más por sus peculiaridades que por su rango.

Miraba a su alrededor, impasible, como si no participara de las diversiones generales. Aparentemente, solo atraían su atención las risas de los demás, como si pudiera acallarlas a su voluntad y amedrentar aquellos pechos donde reinaba la alegría y la despreocupación.

Provocaba cierta sensación de temor, aunque nadie alcanzaba a explicar cuál era la causa. Algunos la atribuían a su mirada gris y fija, que penetraba hasta lo más hondo de una conciencia, hasta lo más profundo de un corazón. Lo cierto era que la mirada solo recaía sobre una mejilla con un rayo de plomo que pesaba sobre la piel que no lograba atravesar.

Sus extravagancias provocaban una serie de invitaciones a las residencias más importantes de la capital. Todos deseaban verle.

Por la misma época, llegó a Londres Aubrey, un joven huérfano de padres quien, junto a su hermana, era dueño de una fortuna más que respetable. Tras su ingreso en los círculos alegres, le rodearon y abrumaron muchas mujeres con hijastras casaderas, y muchas esposas en busca de pasatiempos extraconyugales. Las hijas y las esposas infieles pronto opinaron que era un

joven de gran talento, gracias a sus brillantes ojos y a sus sensuales labios.

Un día, Aubrey se enteró de que Lord Ruthven estaba a punto de emprender un viaje. Les comunicó a sus tutores que había llegado el instante de realizar una excursión. Los tutores accedieron a su pedido; inmediatamente, Aubrey le contó sus intenciones a Lord Ruthven, y este de buena gana lo invitó a viajar en su compañía.

Muy ufano ante esa prueba de afecto por parte de una persona que, en apariencia no tenía nada en común con los demás mortales, aceptó encantado. Unos días más tarde, ya habían cruzado el Canal de la Mancha¹.

Hasta entonces, Aubrey no había tenido oportunidad de estudiar a fondo el carácter de su compañero de viaje, sin embargo, pronto descubrió que, aunque gran parte de sus acciones eran plenamente visibles, los resultados ofrecían unas conclusiones muy diferentes, de acuerdo con su comportamiento.

Lord Ruthven era muy liberal: el vago, el ocioso y el pordiosero recibían de su mano más de lo necesario para aliviar sus necesidades más perentorias. Aubrey también observó que su compañero jamás aliviaba las desdichas de los virtuosos, reducidos a la indigencia por la mala suerte. A esa gente la despedía sin contemplaciones y aun con burlas. Cuando alguien acudía a él no para remediar sus necesidades, sino para poder hundirse en la lujuria o en las más tremendas iniquidades, Lord Ruthven jamás negaba su ayuda. Al poco tiempo, Aubrey advirtió que todos aquellos a quienes el Lord ayudaba, inevitablemente veían caer una maldición sobre ellos, pues eran llevados al cadalso² o se hundían en la miseria más abyecta.

1 *Canal de la Mancha*: es la franja de mar del océano Atlántico que separa el noroeste de Francia de la isla de Gran Bretaña.

2 *Cadalso*: tablado que se levanta para la ejecución de la pena de muerte.

En Bruselas y otras ciudades por las que pasaron, Aubrey se asombró ante la aparente avidez con que su acompañante buscaba los centros de los mayores vicios. Solía entrar en los garitos, donde apostaba, y siempre con fortuna, salvo cuando un canalla era su antagonista, entonces perdía más de lo que antes había ganado. Pero siempre conservaba la misma expresión pétrea, imperturbable, con la que acostumbraba contemplar a la sociedad que lo rodeaba.

Lord Ruthven, en su carruaje o en medio de la naturaleza más lujuriosa y salvaje, mantenía su expresión: sus ojos hablaban menos que sus labios. Aubrey se hallaba muy cerca del objeto de su curiosidad y mantenía el constante deseo de desentrañar aquel misterio que, en su excitada imaginación, empezaba a asumir las proporciones de algo sobrenatural.

No tardaron en llegar a Roma, y Aubrey perdió de vista a su compañero por algún tiempo. Lord Ruthven se unió al círculo de amistades de una condesa italiana, en tanto Aubrey visitaba los monumentos de la ciudad casi desierta. Mientras se encontraba así ocupado, llegaron varias cartas de Inglaterra, que abrió con impaciencia. La primera era de su hermana quien le reiteraba su cariño; las otras eran de sus tutores; y la última lo dejó asombrado.

Si antes había pasado por su imaginación la idea de que su compañero de viaje poseía algún malvado poder, aquella carta parecía reforzar esa creencia. Sus tutores insistían en que abandonase inmediatamente a su amigo, hablaban de la maldad del Lord y de sus casi irresistibles poderes de seducción, que tornaban sumamente peligrosos sus hábitos para con la sociedad en general.

Habían descubierto que todas aquellas damas, a las que había buscado en apariencia por sus virtudes, se habían quitado la máscara desde la partida de Lord Ruthven, y no sentían ya el

menor escrúpulo en exponer toda la deformidad de sus vicios a la contemplación pública.

Aubrey decidió separarse de ese personaje que todavía no le había mostrado ni un solo punto brillante en donde posar la mirada. Resolvió inventar un buen pretexto para abandonarlo. No obstante, se dispuso a continuar vigilándolo estrechamente, atento a no dejar pasar la menor circunstancia acusatoria.

De este modo, penetró en el mismo círculo de amistades que Lord Ruthven, y no tardó en darse cuenta de que su amigo estaba dedicado a ocuparse de la inexperiencia de la hija de la dama cuya mansión frecuentaba más a menudo. En Italia, es muy raro que una mujer soltera frecuente los círculos sociales, por lo que Lord Ruthven se veía obligado a llevar adelante sus planes en secreto. Pero la mirada de Aubrey lo siguió en todas sus tortuosidades, y pronto supo que la pareja había concertado una cita que sin duda iba a causar la ruina de una chica inocente, poco reflexiva.

Sin pérdida de tiempo, se presentó en el departamento de su amigo y con brusquedad le preguntó cuáles eran sus intenciones con respecto a la joven; también le dijo que estaba enterado de su cita para aquella misma noche.

Lord Ruthven contestó que sus intenciones eran las que podían suponerse en semejante menester. Y al ser interrogado respecto a si pensaba casarse con la muchacha, se echó a reír.

Aubrey se marchó e inmediatamente redactó una nota alegando que, desde aquel momento, renunciaba a acompañar a Lord Ruthven durante el resto del viaje. Luego le pidió a su sirviente que buscara otro departamento y fue a visitar a la madre de la joven, a la que informó de cuanto sabía, no solo respecto de su hija, sino también del carácter de Lord Ruthven.

La cita quedó cancelada. Al día siguiente, Lord Ruthven se limitó a enviar a su criado con una comunicación en la que se ave-

nía a una completa separación, pero no mencionó que sus planes habían quedado arruinados por la intromisión de Aubrey.

Tras salir de Roma, el joven dirigió sus pasos a Grecia, cruzó la península y llegó a Atenas.

Allí fijó su residencia en casa de un griego. Bajo su mismo techo habitaba Ianthe, una muchacha delicada y bella. Cuando bailaba en el prado o correteaba por el monte, parecía mucho más ágil y veloz que las gacelas, y también mucho más grácil. Ianthe solía referirle los temas que más la habían impresionado, hablaba de los cuentos sobrenaturales de su nodriza.

Su afán y la creencia en lo que Ianthe narraba excitaron el interés de Aubrey. A menudo, cuando ella contaba el cuento del vampiro vivo, que había pasado muchos años entre amigos y sus más queridos parientes alimentándose con la sangre de las doncellas más hermosas para prolongar de ese modo su existencia unos meses más, a Aubrey la sangre se le helaba en las venas, mientras intentaba reírse de aquellas horribles fantasías.

Sin embargo, Ianthe le citaba nombres de ancianos que, por lo menos, habían contado entre sus contemporáneos con un vampiro vivo, y que habían hallado a parientes cercanos y a algunos niños marcados con la señal del apetito del monstruo. Cuando la joven veía que Aubrey se mostraba incrédulo ante tales relatos, le suplicaba que le creyera, puesto que la gente había observado que aquellos que se atrevían a negar la existencia del vampiro siempre obtenían alguna prueba que, con gran dolor y penosos castigos, les obligaba a reconocer su existencia.

Ianthe le detalló la aparición tradicional de aquellos monstruos, y el horror de Aubrey aumentó al escuchar una descripción casi exacta de Lord Ruthven.

Pese a ello, el joven persistió en querer convencer a la joven griega de que sus temores no podían ser debidos a una cosa cierta, si bien al mismo tiempo repasaba en su memoria todas las

coincidencias que le habían incitado a creer en los poderes sobrenaturales de Lord Ruthven.

La joven apeló a sus padres para dar fe de la existencia de los vampiros. Y todos, con algunos individuos presentes, afirmaron su existencia, pálidos de horror ante aquel solo nombre.

Poco después, Aubrey decidió realizar una excursión que le llevaría varias horas. Cuando los padres de Ianthe oyeron el nombre del lugar, le suplicaron que no regresase de noche, ya que necesariamente debería atravesar un bosque por el que ningún griego pasaba una vez que hubiera oscurecido.

Le describieron dicho lugar como el paraje donde los vampiros celebraban sus orgías y bacanales nocturnas. También le aseguraron que, sobre el que se atrevía a cruzar por aquel sitio, recaían los peores males.

Aubrey ignoró esas advertencias, incluso se burló de esos temores. Pero cuando vio que todos se estremecían ante sus risas por aquel poder superior o infernal, cuyo solo nombre les helaba la sangre, acabó por callar y ponerse serio.

A la mañana siguiente, cuando se hallaba a punto de partir, Ianthe se acercó al caballo que el joven montaba y le suplicó que regresase pronto, pues era por la noche cuando aquellos seres malvados entraban en acción. Aubrey se lo prometió.

Sin embargo, estuvo tan ocupado en sus investigaciones que no se dio cuenta de que el día iba dando fin a su reinado y de que en el horizonte aparecía una de aquellas manchas que, en los países cálidos, se convierten muy pronto en una masa de nubes tempestuosas, que vierten todo su furor sobre el desdichado lugar.

Finalmente, montó a caballo, decidido a recuperar su retraso. Pero ya era tarde. En los países del sur apenas existe el crepúsculo. El sol se pone inmediatamente y sobreviene la noche. Aubrey se había demorado con exceso. Tenía la tormenta encima, los truenos apenas se concedían un respiro entre sí, y el fuerte aguacero

se abría paso por entre el espeso follaje, en tanto el relámpago azul parecía caer a sus pies.

El caballo se asustó y emprendió un galope alocado por el espeso bosque. Por fin, agotado de cansancio, el animal se detuvo y, a la luz de los relámpagos, Aubrey descubrió una choza que apenas se destacaba por entre la hojarasca y la maleza que la rodeaba.

Desmontó y se aproximó, cojeando, con el fin de encontrar a alguien que pudiera llevarlo a la ciudad, o al menos obtener asilo contra la furiosa tormenta.

Cuando se acercaba a la cabaña, los truenos, que habían callado un instante, le permitieron oír unos gritos femeninos, gritos mezclados con risotadas de burla, todo como en un solo sonido. Aubrey quedó turbado. Pero, incitado por un trueno que retumbó en ese instante, con algún esfuerzo empujó la puerta de la choza.

No vio más que densas tinieblas, pero el sonido lo guió. Apparentemente, nadie se había dado cuenta de su presencia pues, aunque llamó, los mismos sonidos continuaron, ajenos a la llegada de Aubrey.

No tardó en tropezar con alguien. De pronto, una voz volvió a gritar de manera ahogada, y al grito sucedió una carcajada. Aubrey se halló al momento asido por una fuerza sobrehumana. Decidido a vender cara su vida, luchó, pero fue en vano. Lo levantaron del piso y lo arrojaron de nuevo al suelo con una potencia enorme. Luego, su enemigo se le echó encima y, arrodillado sobre su pecho, le rodeó la garganta con las manos. De repente, el resplandor de varias antorchas entrevistas por el agujero que hacía las veces de ventana vino en su ayuda. Al momento, su rival se puso de pie y, separándose del joven, corrió hacia la puerta. Muy poco después, el crujido de las ramas caídas al ser pisoteadas por el fugitivo también dejó de oírse.

Índice

Literatura para una nueva escuela	5
Puertas de acceso	7
El monstruo universal	9
El murciélago culpable	13
Los <i>otros</i> vampiros	16
Los casos reales	18
Los verdaderos vampiros	21
Y, ahora, con ustedes... ..	23
Cuentos con colmillos	25
“El vampiro”, de John Polidori	27
“Thanatopía”, de Rubén Darío	49
“La Granja Croglin”, de Augustus Hare	57
“El huésped de Drácula”, de Bram Stoker	63
“Vampiro”, de Emilia Pardo Bazán	83
“El conde Magnus”, de Montague Rhodes James	91
“Vampiro”, de Ambrose Bierce	109
“La habitación de la torre”, de Edward Frederic Benson	113
“El vampiro”, de Horacio Quiroga	129
Manos a la obra	135
“El vampiro”, de John Polidori	137
“Thanatopía”, de Rubén Darío	138
“La Granja Croglin”, de Augustus Hare	139

“El huésped de Drácula”, de Bram Stoker	141
“Vampiro”, de Emilia Pardo Bazán	143
“El conde Magnus”, de Montague Rhodes James	144
“Vampiro”, de Ambrose Bierce	146
“La habitación de la torre”, de Edward Frederic Benson	147
“El vampiro”, de Horacio Quiroga	148
Actividades integradoras	149
Cuarto de herramientas	151
John Polidori	153
Rubén Darío	154
Augustus Hare	155
Bram Stoker	156
Emilia Pardo Bazán	157
Montague Rhodes James	158
Ambrose Bierce	159
Edward Frederic Benson	160
Horacio Quiroga	161
Más literatura vampírica	163
Algunas películas sobre vampiros	164
Y, también, los vampiros en la música y en la danza	166
El cuadro de tapa: ¡vampira!	168
Bibliografía	169